

mundo está chocho, no le quepa á usted duda ninguna: esto de que los pueblos se levanten contra sus reyes y contra sus pastores, es cosa que no estaba prevista; mas esto de que los reyes se unan á los pueblos y se tornen más demagogos que ellos y se calen el gorro frigio y guíen á las turbas en la tarea impía de alzar cadalsos para los demás reyes y derriben altares á qué quieres boca, es cosa que no me cabe en el magín, vamos, que no me cabe...

— Todo esto es cosa de Eloín...

— ¿Eloín?... Pero ¿en qué país vive usted? Eloín ya no significa nada, ni tiene influencia alguna. Si no se va pronto á su tierra, me lo arrumban como á mueble inútil. Así es Su Majestad: uno, dos, seis meses, «cedacito nuevo, ¿dónde te pondré?»; pasado ese tiempo el puntapié y el esquinazo... ¡Pobre Maximiliano!

— De manera que ahora... no hay favorito.

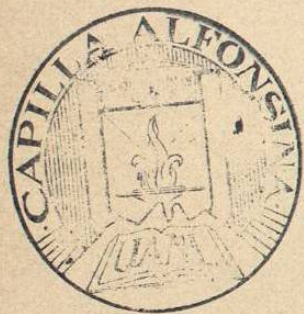
— ¿Cómo no ha de haber? Y más peligroso que nunca: es un sacerdote.

— ¡Padre Gómez!...

— ¡Señora Ubiarco!... No me retracto: un sacerdote peligrosísimo, que muy pronto se marcha ó se ha marchado ya para Roma á arreglar el concordato.

— ¿Y llama usted peligroso á un hombre que tiene tan buenos fines?

— Lo malo no es los fines; lo vitando y lo perverso son los medios. Se trata de un clerigón alemán que le ha he-



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

cho tragar á Su Majestad la bola de que desciende (morganáticamente por supuesto) de los reyes de Wurtemberg. Por el cuarenta y cinco llegó á México como pasante de notario; pero picaba más alto y no tardó en dejar Tamaulipas ó Coahuila, donde había vivido, y en ir á California á buscar oro en tiempo de la bonanza... Malas lenguas aseguran que tenía sus placeres en alguna parte que no era los yacimientos que explotaban los gambucinos... Hizo tres ó cuatro años la vidurria que llevaban aquellos pecadores, que á condición de echar en sus bolsillos algunas pepitas de metal amarillo no vacilaban en herir, en matar y en robar al pinto de la paloma, si por acaso se presentaba de modo. A pesar de toda su industria, Fischer no pudo enriquecerse; se volvió á México y se dedicó á explotar en Guanaceví unas minillas que no le daban ni para comer. Seguía de protestante, pero aquello no le ayudaba á sus planes y dispuso bautizarse con todo el ceremonial de rigor. Pero como si la blanca veste de los catecúmenos le hubiera infundido un fervor de que siempre había carecido, pronto se ordenó de sacerdote y empezó á catequizar á una paisana suya que yacía sumida en el abismo espantoso de la secta de Lutero. Mas con aquel intempestivo celo que le embargaba, no se limitó ; qué había de limitarse! á arrancar del error á la señora, sino que también la arrancó del lado de su marido y tuvo con ella dos hijos...

¿Creerá usted que tras de la aventurilla me le metieron en el clerical, y que cargado de hierros y cadenas y comiendo hierbas cocidas sin sal se pasó algunos años expiando su falta? No, señora. Entró como secretario del Ilustrísimo señor obispo de Durango y la pasó tan ricamente, gozando de los diezmos y primicias y engordando á ojos vistas. Pero cátrate que Su Señoría Ilustrísima tenía una criada, guapa ella, gordita ella, modosita ella... Aunque la muchacha no estaba contaminada de ningún error teológico, no dejaba de claudicar un tanto en materia de fe, y queriendo enseñársela con el primor que sabe, Fischer le propuso un día salir al monte á recibir las explicaciones... Todavía estarían allá el nuevo apóstol de las gentes... con enaguas y su protegida, si no hubiera querido Dios poner á Fischer cerca de don Carlos Sánchez Navarro, el riquísimo propietario de Durango; don Carlos trajo acá al padrecito, y lo demás se comprende: su mundología, su habilidad, su garabato y su chiste, fueron alicientes para que Maximiliano se le entregara atado de pies y manos... Por supuesto que los clericales mexicanos han encontrado que el hombre está que ni mandado hacer para sus fines: la brillante hoja de servicios de Fischer le consagra clérigo mexicano de los pies á la cabeza, y á Fischer se han encomendado de todo corazón. Por eso anda ahora arreglando la componenda con Roma; pero yo no sé por qué creo que el Padre Santo no ha de concluir nada

aunque se lo propongan padres descalzos... En fin, yo me voy y que Dios les ayude; sean Sus Majestades tan dichosos y tan grandes como merecen y gocen de todo el bien que el Señor les depare. Yo les veré y les bendeciré desde mi convento, que á pesar de los pesares soy pan agradecido y desearía que todo lo resolvieran pacífica y armoniosamente.

— A pesar de todo eso, padre, yo creo que no debo volver á la corte, repuse con vehemencia.

— ¡Válame Dios y qué machacona es! ¿Qué es lo que usted tiene entre manos, comparado con lo que hicieron esas niñas que se arañaron y se insultaron en plena Alameda?

— ¿Sí?

— ¡Fué tremendo! Por si las veía ó si no las veía un señorito guapo, gran caballista, decidor y rumbo á quien le llaman el príncipe Kevenhuller, se dieron una mano de rasguños y golpes que quedaron hechas unas nazarenas... Nada digamos de esa otra á quien hallaron besándose y diciéndose chicoleos con el novio francés en la iglesia de la Profesa... Tiene razón ese periodiquín de muñecos que llaman «*La Orquesta*»: *Anda el diablito por la Alameda*... Sobre todo, usted no se dé por entendida: tómese el pulso á la situación, entérese del ánimo de las gentes y preséntese como lo que es en realidad, víctima de un error, de una equivocación, de una calumnia (según dice que lo es) y

no como culpada... Por lo demás, esta es buena oportunidad de que abra los ojos y se entere. Usted padece del mal de la confianza en la amistad humana, y ya lo había dicho el venerable Kempis: «No confíes ni estribes en la caña vacía; porque toda carne es heno y toda gloria caerá como la flor del heno... Si mirares solamente la apariencia de la fuerza de los hombres, presto serás engañado...» Y no la atormente la humildad de su condición ni la enormidad de sus pecados; yo no sé si serán éstos muchos ó pocos; pero ¿no se levantó María Magdalena luego del lugar donde lloró cuando le dijo Marta: «El Maestro está aquí y te llama?»

Tras aquella rociada mística me propuse no entrar en religión sino volver á la corte y buscar allí mi viejo empleo, que al fin todo tenía que ser por mejor si seguía el consejo que de observar y notar me daba el padre Gómez.

A pocos días se anunció la vuelta de la Emperatriz de su excursión á Yucatán. Salimos á recibirla hasta San Martín Texmelucan, pasamos en Chalco el día primero del nuevo año de 1866, visitamos las grutas de Cacahuamilpa y nos preparábamos para tomar la vuelta á México cuando supimos en Cuernavaca la muerte del rey Leopoldo I de Bélgica, padre de la Emperatriz: ese día, que me parece fué el tres de Enero, llegaron Scarlett, el ministro inglés, y Dano, el francés. Dano iba acompañado de un personaje serio y reservado que se sentó á la mesa junto

al Emperador durante los pocos días que abandonó el cuarto de la Emperatriz.

Carlota no demostró sentir á su padre como habría sido de esperarse en quien amaba tan tiernamente al viejo monarca. Permanecía horas enteras mirando al campo, sumida en una atonía, en una indiferencia, en un olvido de cuanto le concernía que nos daban verdadero cuidado. Pero se miraba bien que la marmita que no hacía ruido, vaporizaba y trabajaba por dentro á altísima presión. Recibía las visitas, las despedía con arreglo á la etiqueta, hablaba unas cuantas palabras y volvía á aquel triste é incesante meditar que llevaba trazas de no concluir nunca. De cuando en cuando se la oía exclamar:

— ¡Que no viva para que no llegue á enterarse de lo que ha de venir!

— ¡Qué bien ha de haber sabido la muerte de mi padre al arzobispo Labastida y á los demás cangrejos!

Nosotras respetábamos su dolor, tanto más intenso cuanto que no era compartido por nadie. El Emperador, en cambio, estaba más alegre y más charlatán que nunca. Un día que comí en el cuarto de la Emperatriz acompañando á Sus Majestades, á los dos ministros y al personaje anónimo, serio y reservado, oí una conversación que me hizo creer que el padre Gómez había visto visiones.

— No creáis, señor barón, todo marchará bien: claro

que haremos aprestos para quedarnos solos, claro que organizaremos el ejército mexicano; pero esto no es puñalada de pícaro. Contra todas las fórmulas diplomáticas, contra la tirantez de relaciones, contra todo, tengo la palabra de vuestro Emperador: «Perded cuidado, me ha dicho poniendo en mi mano su mano honrada y leal: me comprometo á sosteneros por cinco años enviándoos tropas y dinero...» No necesito otra prenda de fidelidad; no apetezco garantía mejor ni más sólida: me basta con la palabra del grande hombre... Comprendo que os haya enviado ahora y que siga haciendo todo lo posible por persuadir al mundo de que va separándose de los negocios mexicanos; pero más que dejar satisfechos á los Estados Unidos y á la oposición en las Cámaras francesas, le importa cumplir su palabra y la cumplirá: me sostendrá cinco años... Y en último caso, en el caso inverosímil de que vuestro Emperador no pudiera ó no quisiera cumplir su promesa... nos quedaríamos solos y quizás nuestra situación fuera mejor.

— ¿Mejor, Sire? articuló el desconocido.

— ¿Mejor? preguntó Dano.

— ¿Por qué no? murmuró Scarlett. Los mexicanos son celosísimos de su independencia, aman más que nada el poder darse un gobierno propio, aborrecen á los franceses (claro que sin razón ninguna) y cuando el Emperador se quedara solo tendría á su disposición todas las riquezas

del clero, todos los hombres que quisiera. Quizás el mismo Juárez...

— El mismo Juárez se pondría de mi parte, exclamó Maximiliano: sé por buen conducto que no aguarda más que la ausencia de los franceses para rendirme pleito homenaje y declararse mi vasallo...

— Sire, lo que acaba de decir el señor Scarlett... insinuó el extraño personaje lleno de miedo.

— No puede tener razón ninguna en ello, concluyó Dano. ¡Aborrecer los mexicanos á los franceses, que han derramado aquí su oro y su sangre!...

— Y que han hecho á la nación...

— Y que han luchado desinteresadamente...

— ¡No tendría nombre!

— No dé Vuestra Majestad oído á cuanto le digan.

— No, M. Dano, dijo triunfante el Emperador. ¿Acaso me creéis tan niño que me deje llevar de nuevas? Treinta y cuatro años tengo, y en mi edad todavía no me engaña nadie. Quizá se abuse alguna vez de mi buen corazón, nunca se abusará de mi credulidad... Lo que me dice M. Scarlett puede tener mucho de justo y vale la pena de reflexionarse.

— Sire...

Guardamos silencio un buen rato, y Carlota lo rompió diciendo lenta y gravemente, como quien refiere algo que tenía guardado dentro y se ve obligado á vomitarlo porque le indigesta:

— Es verdad... es verdad... tiene razón... Y cuando todo turbio corra... nos volveremos á Europa... Allá nos reserva una corona mejor el sufragio universal... Allá viviremos sin zozobras... Tiene razón.

Como si aquella hubiera sido la señal para ponernos en pie, el Emperador se alzó violentamente y dió el brazo



á la Emperatriz. A poco se marchó con los hombres al fumadero, y desde nuestro cuarto le veíamos accionar con violencia cogido del brazo del inglés. Los franceses formaron rancho aparte y estuvieron conversando cerca de la ventana que cae al gran estanque... Todavía estábamos en Cuernavaca cuando llegó Hidalgo el grande, seguido de un inmenso equipaje en que constaban, según él decía, las últimas creaciones de la moda contemporánea. Habló